



MARÍA ÁNGELES PÉREZ LÓPEZ



María Ángeles Pérez López (Valladolid, España, 1967) Poeta y profesora titular de la Universidad de Salamanca donde trabaja sobre poesía contemporánea en español. Como poeta, ha ganado varios premios. Antologías de su obra han sido editadas en Caracas, Ciudad de México, Quito, Nueva York, Monterrey, Bogotá y Lima. También, de modo bilingüe, en Italia y Portugal.

Es miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, miembro de la Academia de Juglares de Fontiveros e hija adoptiva del pueblo natal de San Juan de la Cruz. Ha sido jurado de relevantes premios, siendo el más destacado el Premio Cervantes.

Ha sido incluida en antologías de diversos países, siendo la más reciente *La primera línea. Poesía iberoamericana* (Lima, 2021).

LÉGAMO Y LENGUAJE

I

Podría ahora,
mientras un hombre duerme aquí a mi orilla,
remontarme por el río de la sangre
hasta la piedra primera de mi especie,
hasta el vértigo inicial de una mujer
ceñida por los signos,
apenas comprensibles,
que fueron roturados en su cuerpo.
Mi madre, y la suya, y la suya de la suya,
se agachan despacio y miran silenciosas,
se acucillan despacio.
La mujer que es primera de mi genealogía
caliente en su entraña aquello que rezumo:
la tintura más roja de la sangre,
el ocre de la piel sobre sí vuelta
hasta alargar las manos y el deseo,
ese blanco sin adjetivos de las lágrimas
o la leche que nace por sí sola.
La palabra es una excrecencia más tardía,
no nos ha sido dada por igual,
ni siquiera en mi origen más cercano
se encuentra el don de hablar y conjurar la muerte.

Por eso estoy condenada a nombrarlas a todas.

Hay días en que no estás y yo imagino,
supongo que es que vienes a buscarme
y vamos al principio de la historia
para evitar ser frágiles, mortales,
caducos y encendidos de veneno.
A veces soy furiosa, como ahora,
mi deseo se vuelve humillación
y estoy imaginando destrucciones
del tiempo, del ladrillo enrojecido
para que se arrodillen los corceles,
las casas y su mecha, las iglesias,
la fuente oculta de la pleitesía,
el río y su caudal empobrecido.
Para que venga el viento de la ira
y encienda de pasión los minicines,
para que nos quememos en el roce
de hacer migas el rostro del fracaso
que es esta oscuridad del sufrimiento.
Que vuelvas por tu cuerpo y tu cuchara,
porque yo tengo aún tiempo y me siento a esperar
antes que caigan lágrimas, la tarde
obscena en su alboroto y en su ausencia.

El pájaro que viaja bajo el cielo
y viene a golpearse contra el coche
como quien cae rendido y se levanta,
arrastra sus cartílagos, su sombra,
su corazón caliente y separado
en cuatro habitaciones para el aire.
En ellas se resguardan los alisios
y el frío desconsuelo del invierno
cuando la sangre mueve lentamente
su río enrojecido, su caudal,
su modo de morir y levantarse
para picotear migas de sol.
El pájaro que viene contra el coche
es uno e indiviso, inconfundible,
y si distingue el eco de la especie
y atina a acompasar su corazón,
en el golpe está solo y yo con él,
seguidos por los dogos de la sombra.
Por eso, y aunque apura con violencia
la gota venenosa de la prisa,
su cuerpo diminuto y trashumante
no puede separarse de su sombra,
esa zona de umbría y de frontera
con que el sol nos recuerda el parentesco
insoportable, estrecho de la muerte.
La sombra lo acompaña, me acompaña,
le otorga la tiniebla, desazón
con que encender el día y sus volutas,
la masa medular y oscurecida
en que el tiempo nos brinda sus oficios
y escribe la desdicha a contraluz.

[LO AMPUTADO]

Animal amputado que no muere,
vegetal amputado que no muere,
palabras amputadas que no mueren.

Contra el dolor que tala la hermosura
–el brazo gangrenado y su exigencia,
el dedo que la máquina anuló
y su uña que se aferra a lo invisible
como tenaz se aferra a cada árbol
la yema en la que inscribe su deseo,
porción y cobertura seminal–
siguen creciendo el tiempo, las ramitas.

Sigue empujando el río en su desove,
la larva en lo precario, el estornino
en el amor salvaje a las distancias,
la almendra en su epitelio y su ternura.
Sigue empujando el sol toda la luz.

Quien amputa sonidos, no percibe
que en la palabra bosque, late el árbol
y en la palabra rama, la madera.
Que está el viento dormido en el violín
y la piedra en la tierra y su traspíe
como están en la casa el pan y el hambre,
las vocales abiertas de la boca.
Que aunque estén cercenadas las palabras
cada letra confirma su energía,
su entrega y movimiento, su caudal.
Prolifera la vida en sus acopios.

con César Vallejo

#

Tampoco perteneces a tu piel.
Ni siquiera a ninguno de sus nombres.
No hay costura

ni enganche
o eslabón
que pueda retenerte
cuando el día penetra
con su luz
en cada boca roja de lo vivo.

Nada te atrapa a nada. Danzarás
aunque el río te arrastre hacia su cauce.

Incluso si calcifican sobre ti
el óxido y sintaxis del poema,
su ausencia y cortadura,
la ahogada convicción entre lo tanto.

Danzarás,
valva doble e inocente
en la revelación
y el genital del viento.



Iremos
río
abajo
hasta
la
desembocadura
de légamo y lenguaje.
No cesa de manar
cada grieta
en su herida
y
el curso
de torrentes
y arroyos
permanece inscrito
en embarrados
títulos de propiedad y pertenencia,
como si la vida
pudiese poseerse
o
cotejarse.
Pero
insiste el agua
:
anega
el gentilicio,
las hurañas insignias
de la
tribu.
Disuelve
todo epíteto carnal.

Que nos amen
sin nombre
o
filiación.
Solo desnudos,
libres
y
exaltados.